

ADVERTENCIA

Rogamos a nuestros suscriptores que toda la correspondencia, incluso las cartas con valores, las dirijan al director del periódico. Cuando remitan el importe de encargos tengan en cuenta el certificado y franqueo de los mismos.

LA TENDENCIA

Unas veces los gobernadores civiles, los jueces otras veces, los alcaldes con más frecuencia, a ratos algún otro funcionario, lo cierto es que la pobre Guardia civil está sirviendo de Cristo a mucha gente y ya es hora de poner punto final a la larguísima serie de vejaciones, escarnios y atropellos de que está siendo víctima.

Los incidentes con los gobernadores de Santander y Logroño; las extralimitaciones de los jueces de Alcañiz y Reus; las alcaldías que tan frecuentemente se registran; la actitud observada por algunos presidentes de Audiencias—entre ellos el de Madrid—con motivo del juramento que deben prestar los oficiales del cuerpo, son pruebas palmarias de una tendencia que se manifiesta en el inmenso y repugnante polipo del caciquismo nacional.

Es lamentable, pero la verdad hay que decirlo: las autoridades, en general, no están estrechamente mancomunales con la Guardia civil.

El que no conociera a España juzgaría que esta afirmación no hace mucho honor al benemérito Instituto. Conociendo nuestro país, el fenómeno es fácilmente explicable y queda amparado todo lo que a la Guardia civil le conviene dejar a salvo.

Metidos en el engranaje de la vida local, en la que predomina la política de campanario, con todo su cortejo de luchas intestinas, de cobardes insidias e innobles rencores, el jefe, el oficial, el comandante de puesto, que no tiene más norma de conducta que la marcada por su Reglamento y por las leyes del Estado, incurre bien pronto en el desagrado de los unos si hace justicia con los de enfrente; en el desafecto de éstos si no se alana a lo que su interés, su codicia o simplemente su capricho solicitan; a veces en las iras de blancos y negros para quienes la Guardia civil es siempre el obstáculo que les sale al paso cuando quieren entrar a saco en los vedados de la ley.

Por eso el juez, que debe el ascenso al favor del cacique, y el alcalde, que es el símbolo de la poderosa influencia del primite; y el gobernador, atento siempre a los deseos del que es potencia máxima

en el ministerio, no se avienen a que elementos que tienen tan directa relación con ellos no se sometan a ser factores de sus cábalas y combinaciones políticas, y antepongan a toda otra consideración el cumplimiento de su deber sagrado.

A un lado hombres que viven de la política, que en España es vivir del favor, de la intriga, de procedimientos que no pueden afrontar la claridad del día.

Del otro lado, jefes y oficiales del Ejército, hombres de una carrera en la que no existen turnos de favor, credenciales, ni cesantías.

La amalgama tiene que resultar desdichadísima.

Por eso la tendencia de los unos contra los otros no nos sorprende; y por eso venimos pidiendo con gran insistencia situación más independiente de la Guardia civil respecto a las autoridades civiles.

Por culpa de éstos la benemérita pierde fuerza moral, y si sus virtudes la mantienen a la altura que ha servido conservar, el propio esfuerzo no basta si cerca de ella existen agentes que de continuo lo contrarrestan.

La agresión de que ha sido objeto el teniente señor Alemán, y las maniobras de ciertas personalidades cordobesas, son un lamentable síntoma.

Así como desgraciadamente se toman las consecuencias de no retribuir debidamente a la clase de tropa, planteándose el problema de la falta de aspirantes, de seguir así las cosas la crisis será más honda todavía porque afectará al prestigio, es decir al alma de la Guardia civil.

La lucha está entablada. ¿Quién vencerá?

La causa de la Benemérita es la causa de España; ambas tienen comunes enemigos, y los hombres de buena voluntad, los que tanto pueden hacer todavía, háganlo sin pérdida de tiempo poniendo a la Guardia civil al amparo de una legislación que la garantice contra los escribas y fariseos.

Noticias y Comentarios

Se le ha concedido la gran cruz de San Hermenegildo al teniente general D. Federico de Ochando, Inspector del Cuerpo.

El ministro de Gracia y Justicia ha leído en el Congreso el proyecto sobre responsabilidad judicial, con tantos anhelos esperado por la opinión.

La justicia en España. Los cobardes agresores que hirieron gravemente al señor Rumeo, director de *El Ecoan-gelito*, han sido puestos en libertad bajo fianza de 1.000 pesetas. Al agresido se le han exigido 5.000 para disfrutar de libertad provisional en el proceso que se le sigue por disparar su revólver después de sentirse herido.

Los criminales autores de un asesinato frustrado, están, pues, en la calle.

A defenderse cada cual como Dios le dé a entender, y el que pueda, ¡que emigre!

—Tiro a blanco.—La circular que acerca de este asunto acaba de dar la Inspección general, ha sido muy bien acogida en la opinión por la justa tendencia que encierra.

—El proyecto de retiros.—A la intervención del general Ochoa se debe en gran parte la benéfica modificación que en el Senado a tenido el proyecto de retiros presentado por el general Weyler.

Aparte de los beneficios personales—que reporia, algo ha de contribuir a enjugar en más breve plazo el excedente que aún existe en la oficialidad del Instituto.

—Matrimonio de los militares.—Se ha publicado la Real orden aclaratoria, que, en lo que a la Guardia civil respecta, no aclara nada dejando a sus oficiales en la misma desahogada situación en que lo dejó el Real decreto. Lo sentimos muy de veras.

—El sargento Navarrete.—Leemos en el *Nuevo Diario* de Badajoz: «El sargento de la Guardia civil D. Pedro Navarrete, jefe del puesto de esta capital, ha prestado un buen servicio.

En la Parra comióse un robo por valor de 4.000 duros; y dicho sargento, que se trasladó a la citada villa, ha logrado averiguar quienes son los autores del delito y detener a tres de ellos.

En el asunto están comprendidos, como encubridoras, las mujeres de los detenidos.

También ha conseguido averiguar el señor Navarrete, quienes son los autores de una tentativa de robo en V. H. de la de los Baños.

Me alegro mucho por lo tanto. Unos lo llaman a los de *Nuevo Diario*.

—El que no va alzado es porque no quiere. En esta plaza se ofrecen casi regalados los brillantes *Alas*. ¡Increíble verdad!

—Un cruce de menos.—Ha sido capturado por la Guardia civil, en el baranco I am do de los Alamos, Gregorio Játiva Pérez a) Bolsa, criminal que hace tiempo operaba por las márgenes del río de Cabriel, y que tenía atemorizado al vecindario de Fuente Pobradora, término de Requena (Valencia).

Dicho Bolsa es el que, en unión de otro, asesinó al juez municipal y a algunos del pueblo de Albuera, y el 12 de Marzo del 96 sostuvo fuego con una pareja del puesto de los Pedones, del que resultó muerto su compañero; en diciembre último robó en la Aldea de Lucena 175 pesetas y una escopeta de dos cañones de fuego central, con la cual el día primero de corriente más sostuvo fuego en las inmediaciones de Abacete con una pareja de la Guardia civil, y a la vez también autor de heridas graves a un vecino de Albuera, hermano del juez municipal que asesinó.

Las fatigas sin cuento que por espacio de un mes han tenido que sufrir el cabo Bonatti y los guardias E. y H. Bonatti, Juan Jiménez, Adolfo Cazaña, Manuel Marín, Gaspar Díaz, Juan Villanueva y Vicente Fuentes, los hacen acreedores a una buena recompensa que premie el importante servicio que han prestado.

Según noticias de San Sebastián el guardia Rodríguez, que fué herido cuando los sucasos, sigue grave. Sufría una fiebre, temiéndose mucho que esta sintoma se resista, pues podría demostrar que ha sufrido la acción de la lámina interna del cráneo.

La gravedad del proceso y la situación de los procesados depende en manera de que el

guardia mejore o empeore—dice un periódico—y nosotros creemos que huelgan los paliativos, para hacer pronta y enérgica justicia en esos salvajes partidarios de los buyes.

—Deseamos vivamente que no se confirmen los temores que inspiran al estado del pobre guardia Rodríguez.

—Guardia robado.—Un sujeto llamado Angel Rodríguez fué detenido ayer tarde en la calle del Arco de Santa María, como autor de un robo de 1.000 pesetas y varias alhajas en el piso cuarto del núm. 29 de dicha calle, domicilio del guardia civil Luis Peral.

—Allo es: andaloso.—Por el teniente de la Guardia civil D. Pascual Martín Pablo y fuerzas a sus órdenes, han sido conducidos a Alcañiz, a disposición del comandante general del Campo, los treinta y un individuos complicados en el contrabando de productos coloniales de la Línea de la Concepción.

Todos ellos ingresaron en la cárcel. El Inspector de Aduanas se tomó declaración, manifestando la mayoría de ellos que tenían en la tienda un negocio por encargo de un desconocido que les aseguró que cada día debían tener y que durante tres noches se dedicaron a la introducción de mercancías que contenían azúcar, velas y otros artículos.

Añadieron que las contraseñas fueron: la primera noche, «Flor»; la segunda, «Margarita»; y la tercera, «Millo».

Uno de los presos declaró que se hizo el alijo fué ante once noches.

—Destinos a licenciados.—Han sido nombrados mozos de servicio del Colegio de San Juan de María Cristina los guardias civiles licenciados Felipe García Carrero, Maximino Martín Pérez y Celedonio Sánchez-Rojas.

Ha sido nombrado portero del mismo establecimiento el guardia civil de segunda, licenciado, Fernando Ceres Orzaez.

—D.nero? En cuatru plana.—Numerosas fuerzas del Instituto están concentradas en San Sebastián hasta que pase el Carnaval. ¿Correrán sus pluses la misma suerte que hasta ahora?

—n defens del Cuerpo.—Son tan manifiestos los abusos de las autoridades civiles, que el Inspector general ha tenido que tomar cartas en el asunto dirigiéndose al ministro de Gracia y Justicia en queja contra el juez de Alcañiz.

Veremos de qué entidad son los padrinos con que cuenta este señor.

—Va usted por la calle y se encuentra de repente con algún asesino sue to, por ejemplo, a guiso de los que han intentado matar a Romeo. Compre un revolver en casa de D. Nicolás Martín; la defensa es legítima. Los pedidos, a esta Administración.

—Sueldos y gratificaciones.—Las antigüedades que han de servir de base para declarar derecho desde 1.º del actual al abono de los sueldos que detiene el art. 3.º transitorio del reglamento de ascensos en tiempo de paz y disposiciones posteriores para su aplicación, son los siguientes: 5 Enero de 1889 para los tenientes coronales; 4 de febrero de 1890 para los comandantes; 12 Julio de 1890 para los capitanes y 6 de Marzo de 1890 para los primeros tenientes.

EL GENERAL BARRAQUER

Aun a riesgo de ofender su modestia, enviamos un saludo respetuoso al digno general que ha sido colocado al frente de la nueva «Sección de Guardia Civil» en el ministerio de la Guerra.

No puede haber sido más acertado el nombramiento.

Durante el tiempo que ha tenido a su cargo los asuntos del Instituto, como jefe de la Sección de cuerpos de servicios especiales, ha demostrado su interés por el Cuerpo y sus relevantes condiciones de carácter. No decimos más, porque abreviando estamos seguros de agradecerle, y nos felicitamos de que esté al frente de tan importante cargo un general que tan inteligente colaborador ha de ser del ministro de la Guerra e Inspector general del Instituto.

POR LA CLASE DE TROPA

Presente y porvenir

Podrán los hombres de Gobierno cerrar los oídos a las necesarias exhortaciones que salen de nuestra pluma, pero ellos serán responsables de que se vaya debilitando, hasta anularse por completo, lo que con tanto ahínco y a fuerza de tantos sacrificios se ha mantenido.

Disminuye rápidamente el número de aspirantes, aumentan los descontentos que se apresuran a dejar el Instituto rescindiendo sus compromisos, y a este paso pronto se quedarán sin cubrir las vacantes de las comandancias.

Si el problema es ó no de magnitud, el tiempo lo dirá y a plazo breve.

Si ha llegado el momento de las soluciones han de decirlo los que pueden remediar el mal.

Nosotros ya hemos señalado sus causas y marcado el lenitivo.

La clase de tropa de la Guardia civil viene de mal en peor hace muchos años. Desde que la adicional a la Ley constitutiva del Ejército cerró el ascenso a los sargentos, matando las aspiraciones de la clase de tropa, hasta el 3 de Diciembre de 1900—fecha del funesto Real decreto que tanto hemos combatido—la clase de tropa sufre un largo calvario, al que no se le ve el fin.

El gobierno que promulgó la ley del año 89 buscó una compensación para los sargentos, concediéndoles un retiro que puede suponer su modesto pie de vida.

Pero, ¡las cosas de este país! como si el cerrar el acceso de la clase de tropa al oficialato no afectara más que a los sargentos, de los cabos y los guardias nadie se acordó, y si se acordaron maldito el caso que les hicieron.

Noailles un certificado voluminoso, cuyo solo franqueo costaba cinco francos.

Este paquete, Pranzini le tenía bajo el brazo en el momento de subir en el coche. No lo tenía ya cuando dejó el carruaje. Se había desbaratado de él mientras paseaba por Long-champs.

Cinco minutos después de haber visto a este hombre por primera vez, no me cabía duda sobre su culpabilidad.

Todavía tenía en la frente una ancha raya negra formada por la sangre extravasada, rastro, visible de su supuesta congestión y prueba bien cierta de que había intentado suicidarse. Yo observaba a su cara con curiosidad, y a pesar de la aparente curiosidad de este hombre creí ver un espanto singular en el fondo de aquellos ojos, de un azul sombrío, guarnecidos de negras pestañas, cuya mirada tenía una especie de afeminamiento felino.

Aunque su chaquetón estaba arrugado y su camisa sucia, había encontrado el medio—no sé ante qué espejo—de poner un poco de orden en su atavío, de alisar sus cabellos castaños, algo claros, que cubrían su ancha frente, un poco des poblada en las sienes. El rostro era liso, pero sin exceso de carne.

Aunque estaba sin corbata y un poco estropeado, conservaba ese aire de caballero de industria tan fácilmente reconocido por la policía; y aun cuando estaba lejos de ser completamente guapo, era el tipo acabado de galanteador de mujeres, que yo conozco tan bien

ñada; pues los clientes no tienen la costumbre de hacer regalos parecidos.

—No se pondrá él, es falso: esto vale treinta francos. Te lo doy, y te me entregarás solamente cinco francos para el regalo de tu amiga y diez francos para pagarme la casa.

Algunos segundos después, me volví a pedir cinco francos más. Yo le di dos piezas de diez francos. Le dió una a mi amiga. Su conversación era muy chistosa. Nos preguntó si teníamos alhajas y cuando nos las poníamos; también no dijo que tenía cuatro hermanos; que venía de Alcañiz y que había navegado con mucha mar. Tenía tufanones engomados en las manos, que él decía eran grietas del mucho frío pasado en el barón. Cuando se hubo vestido, sacó de su bolsillo dos pendientes de turquesas y quiso vendérmolos; mas como no los quisimos comprar, nos los regaló.

—Esa mujer miente—dijo simplemente Pranzini, pero sin mirar a la muchacha.

—Pero no ha estado usted con ella?—preguntó el juez.

—Si—replicó Pranzini.—Pero yo nada le he dado; me limité a pagar reglamentariamente la casa.

—Y por qué había ella de mentir?

—Es que quiere sin duda, salvar a algún cliente antiguo, que le habrá enviado las joyas, y que es probablemente el verdadero autor del crimen.

Y luego añadió en su muletilla:

más adelantada que Pa y mantenía una guardia de policía permanente, y así se estaba seguro de encontrar a cualquier hora un comisario de policía. M. Court quedó sorprendido por la manifestación de la dueña de la casa de lenocinio; y con un salto que me complacía en reconocer, estimó que era preciso saber quién era el generoso parroquiano que daba a las muchachas de las casas públicas relojes con brillantes y pendientes.

—¿Y dónde encontrar a este hombre?—preguntó a la estimable industrial de la calle de Ventomag.

—Ojalá no es difícil saberlo—contestó ella.—El cochero 112 es quien le ha traído, y le he dado una propina de cinco francos, como es costumbre en la casa cuando nos trae un cliente que paga bien.

Un agente encontró al cochero Barne que dormía en el pescante esperando al viajero frente al Gran Teatro.

—Voy a enseñárselo a usted en seguida—dijo el cochero.

Y entrando en la sala le señaló al hombre que, acomodado en su butaca, parecía mirar el programa con gran atención.

Un agente con mucha finura, rogó al espectador que le siguiera, y le condujo ante M. Court, sin que hubiese la menor resistencia.

—¿De dónde provienen las joyas que ha dado usted a las muchachas de una casa pública?—le preguntó el comisario.

¿Seguirá la indiferencia? Por mucha que sea la de los gobernantes, las circunstancias les impondrán la atención sobre este importantísimo asunto, lo que es de desear que no venga el remedio demasiado tarde.

Es preciso derogar el funesto Real decreto de 3 de Diciembre—del que deben estar muy orgullosos sus autores—es indispensable mejorar el presente del guardia con un «haber» mayor que el actual, con el pago puntual de sus pluses.

En cuanto a su porvenir, hay que decirse a dar á la clase de tropa un haber pasivo que merezca el nombre de retiro. Los sargentos ya tienen el suyo, pero los 18.000 hombres de la Guardia civil no han de ser todos sargentos, y es natural que se les dé para su vejez un pedazo de pan en relación con el número de años de servicio.

Se impone, pues, el retiro proporcionado para la tropa, como hace años venimos sosteniendo.

Esta es una obra justa y necesaria para dar á cada cual lo que se merece y sostener en toda su virtualidad á la benemérita institución.

Si no se hace así; si no se aligeran las escalas de ascensos, se garantiza el presente y se asegura un modesto retiro para los cabos y guardias, los que están fuera no vendrán a Cuerpo, y de los que á él pertenecen, el que pueda semarchar, y el que no tenga más remedio continuará sin ilusiones, atado por la dura necesidad y dentro de poco no se encontrará un aspirante ni con un candil.

CAPITANES Y SUBALTERNOS

LAS ESCALAS

Aunque la nueva ley transitoria para retiros alijera algo las escalas de la pesadumbre del excedente, el problema en los capitanes y subalternos no se resuelve, ni siquiera se alivia la situación de los que están á la cabeza de las escalas, puesto que todas las vacantes que la nueva ley produzca han de dedicarse á la amortización del excedente.

Nos consta que tan lastimosa situación preocupa ya en las altas esferas, contribuyendo á ello que en las escalas de Artillería y Caballería, sucede dos cuartos de lo mismo.

A las esperanzas que nos hacen concebir las iniciativas y buenos deseos de nuestros Generales, se nos opone la dificultad que tiene el Ministro de la Guerra de modificar las plantillas sin que las Cortes den su aprobación. No es chico el inconveniente, aunque no insuperable, y abiertas están las Cámaras para la aprobación de proyectos que no afecten á la cifra consignada en presupuestos.

Hechas estas consideraciones hemos de recoger los rumores de algo beneficioso que se prepara, y por de pronto bueno es que se hable de esto en las alturas y que se «tome en consideración», el asunto magno de las escalas de capitanes y subalternos.

Realmente no pueden seguir así las

cosas por mucho tiempo, pues hay circunstancias que exigen medidas de gobierno, y en este caso se encuentran los oficiales de la Guardia civil.

¿Se aliviará su situación?

Más hace el que quiere que el que puede, y parece ser que nuestros Generales empiezan á quererlo de veras.

Un buen servicio

Hace próximamente un año se cometió un robo de bastante consideración en casa de D. Dionisio Villaseñor, vecino de Quintanar de la Orden (Toledo), cuyos autores hasta la fecha no habían sido descubiertos.

Cuando nadie más que los perjudicados se acordaban del asunto, se enteró de él el primer teniente D. Enrique Royo García, jefe de la línea de Villacañas, á cuya demarcación pertenece aquel pueblo, destinado á ella con posterioridad de ocurrido el hecho y desde entonces empezó á practicar tan activas y acertadas gestiones, que el día 22 del actual consiguió descubrir á los autores y rescatar parte del dinero robado.

Los ladrones resultan ser un criado que servía en la casa y una mandadera de la misma en aquel entonces, que después trasladó su residencia al pueblo inmediato del Toboso, á la cual se la ocupó en el acto de la detención la cantidad de 4.500 pesetas, procedentes del robo, en un saco, en el momento que intentaba arrojarlas a un pozo, habiéndose confesado ambos autores de su delito.

El servicio prestado por el teniente Royo es uno de los que, por las circunstancias que en él concurren, elevan á gran altura el prestigio del Cuerpo, pues ante la pasividad del juez de instrucción del partido, que dejó en libertad al criado, que fué preso en los primeros momentos por sospechas y que ahora resulta ser uno de los autores. Debido exclusivamente al celo y actividad de dicho oficial, no ha quedado impune tal delito.

EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL envía desde estas columnas su enhorabuena al teniente D. Enrique Royo, por el éxito obtenido en la práctica de este importante servicio, por el que no dudamos se le otorgará la recompensa á que se ha hecho merecedor.

Reforma en el vestuario

MAS OPINIONES

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Muy distinguido y respetado director: Constantemente, y sin punto de reposo, estoy viendo las plausibles campañas que á nuestros intereses viene consagrande el semanario de su digna dirección; y créame usted, ilustre bienhechor, que tan incesante batallar un día y otro y los buenos deseos y sentimientos que le animan han sido el resultado de que nuestro prestigio y noble inspector haya fijado en su revista toda su gran atención, hasta en las necesidades más perentorias y más humildes de que adolecemos.

Cada día que transcurre desde que soy suscriptor á nuestro amante defensor, estoy más satisfecho de su proceder y de sus obras y hasta me siento orgulloso de contar entre sus favorecedores. Así es que desearía algunas veces ballarme en la capital de la monarquía española para tributarle mi sincero

afecto y respetos á toda la redacción, que tan humanitarias tareas consagra en pro de los hijos del deber.

Por otra parte, no quisiera exponer mi ruda y humilísima opinión en tan ilustres columnas, por carecer de ilustración suficiente que me dieran á salvo de alguna mala interpretación, que está muy lejos de sentir en mi ánimo. Diré, sin embargo, que todos en general, incluso señores jefes y oficiales del Instituto, hemos visto con inefable alegría y satisfacción cuán grandes é infinitos son los deseos de nuestros dignos generales por hacer algo por esta gloriosa y sufrida Guardia civil, digna de que se le atienda y de mejor suerte por su gran historia y sacrificio.

Tributemos todos, sin excepción, un respetuoso saludo al Gobierno de S. M. y muy especialmente al anciano presidente del Consejo de Ministros, por su acertada dirección en el nombramiento de ministro de la Guerra y á éste por la de inspector del Cuerpo más benemérito de nuestra amada y querida patria.

Yo transformaría con mi pensamiento todo el ilustre ejército español en gloriosa Guardia civil, que tiene por lema y divisa lo que más nos honra, lo que más estimamos, lo más sagrado de cuanto poseemos, ¡el honor!

Hermosa tarea, patriótica y humana fué la del general que mas ha hecho por nosotros en menos tiempo (Ochando en el Senado), así como los que le apoyaron en tan justas pretensiones, para cuyos señores guar a y tiene la Benemérita en sus inagotables sentimientos un agradecimiento muy leal y muy profundo que, con el alma henchida de gozo, le dirige por medio de su querido HERALDO, extensivo á todos los dignos representantes del país que en el Parlamento, Cámaras ó tribunas españolas, fuera de ellas ó en el periodismo hayan sostenido su gran prestigio ó hayan defendido sus derechos, legal y virtuosamente adquiridos, aun á costa de enormes girones de su bandera, su dignidad y su honradísima acrisolada.

Veo, ilustre director, que desde que hemos tenido la suerte de tener tan gran ministro de la Guerra é inspector general, como son los generales Weyler y Ochando, no cesamos de pedir á diario cada uno una cosa, y creo debemos dejarlo todo á elección de los internos que nuestros más sabios jefes y oficiales den á tan buenos é ilustres padres de la Institución, los cuales no han de querer seguramente mal para sus subordinados, así como también á las iniciativas de nuestro semanario, que venos no descansa en sus tareas de proporcionararnos bienestar.

Tampoco he de omitir en mi humilde escrito un voto de gracias y sinapulta hacia la sección de Servicios Especiales y su digno jefe el general Barraquer, que tan valiosa y eficaz ayuda viene prestando á nuestra justa y noble causa.

Sobre el vestuario y correa, que tanto se viene hablando estos días, soy del parecer (salvo el de mis superiores), que no se altere en nuestra arma (infantería), más que en lo siguiente:

Dar como ya está acordado el traje de verano. Suprimir las polainas por innecesarias y embarazosas, pues á más de conservar la humedad en las piernas cuando se mojan, impiden mucho la soltura para andar, y ascensos á montes y vericuetos, empleándose algunas veces diez minutos para ponerlas, tiempo precioso que se pierde y se necesita para la mas pronta ejecución de un caso inesperado del servicio. llenándose de barro y estropeando el pantalón con tanta arruga, no reservando nada el zapato, único que se llenaría sin ella con un poco de cuidado.

Además hay que lavarlas muchas veces y dar betún á la travilla si se quiere tener en condiciones de limpieza; hace pocos días me decía un compañero de servicio de correría, aparece que sabe un andar menos con polainas que sin ellas. Y efectivamente, nuestros buenos superiores deberían hacer cesar que llevaran sus subordinados por mas tiempo las piernas atadas como locos. Es verdad, amantes compañeros los que pen-

seis conmigo, que nos harían un señalado favor.

La gran gala, suprimida por costosa y manchadiza menos en la residencia de los soberanos.

En el correa, la cartera de camine con ponerle un botón de metal en los extremos de sus tirantes y colgarla del hombro izquierdo á la cadera derecha, se lleva con mas comodidad, y se sacan los papeles y plumas con mas prontitud sin tener que andar quitando y poniéndola á cada momento.

Suprimir por completo las cartucheras laterales de los costados, con objeto de evitar el enorme peso que diariamente soportamos y la presión y daño que hacen en los vacíos del cuerpo, imposibilitándonos para andar con soltura y haciendo á la vez una fuerza horrosa que nos impide respirar con libertad atacando los pulmones.

Además, lo mal que parece el guardia que se le suben a los pechos. Sustituyéndolas por una canana, ó por departamentos en el mismo cinturón para los cargadores reglamentarios que han de llevarse de servicio; con esto al ponerse uno el cinturón ó repetida canana, ya se estaba armado y listo, no tocando los tirantes para nada y poniendo donde caen ahora las cartucheras las anillas de estas pagadas al cinturón y sin tocar de atrás los tirantes como están. Dejando la levita para invierno que tan singular figura y realce da á la Benemérita con los colores rojo y gualda de su sacratísima bandera.

Pero suprimir el sombrero y levita y correa como algunos han dicho, jamás á mí parecer. ¿Qué querían dejar de aquello que con tanto amor y acierto nos legó nuestro inmortel y sabio duque de Ahumada, nuestro creador, cuya venerable figura saludamos á diario al descubrirnos en la sala de armas? No, queridos compañeros y nobles jefes, harto pre-fugio tratan de quitarnos sin razón, para que nosotros mismos queramos disminuirlo sin provecho de nadie.

No censamos más con tantas y tan vagas opiniones. Cerremos ya nuestro libro de peticiones, dejemos á nuestros dignos generales ya nombrados sus hermosas iniciativas, y consagremos todos á mantener incólume el honor que nos debe ser peculiar, cumpliendo nuestros sagrados y santos deberes.

SEBASTIÁN MUSA RODRÍGUEZ.
San Nicolás del Puerto (Sevilla).

El nuevo presupuesto

Las principales alteraciones introducidas en el vigente para 1902, con respecto al anterior, son las siguientes:

En el ministerio de la Guerra se aumentan tres médicos mayores, un portero cuarto y un mozo de oficios, y se suprimen dos coroneles, tres capitanes de artillería, un portero quinto y un mozo de oficios, y se reducen los sueldos de los que han dejado de ser plazas montadas tipo de infantería. En la Ordenación de pagos se aumenta un médico primero; se eleva á mayor la categoría del que sirve en el Depósito de la Guerra, y se disminuye un primer teniente. En el Vicariato se disminuyen varios sueldos, y se suprime una plaza de capellán mayor.

En el Consejo Supremo se aumenta un auditor general de ejército, dos tenientes auditores de segunda, un médico mayor y algunos ordenanzas, disminuyéndose un consejero togado.

En la Junta Consultiva se aumenta un general de división, dos de brigada, un subinspector de primera, de Equitación, dos de segunda, de Sanidad, y se disminuye un médico primero. A la Junta de

la Cría caballar se le asigna un general de brigada y un coronel.

Se aumenta una partida para el abono de pagas de tocas á las viudas de jefes y oficiales; otra de 6.000 pesetas para gastos del censo del ganado caballar, y otra de 22.000 para trabajos del Depósito de la Guerra.

Se aumenta un general de división de caballería para la de Cataluña; otro para la Comandancia general de Mahón; seis de brigada para las de instrucción de caballería de Cataluña y Valencia y mandos de El Ferrol, Huelva, San Roque y Jerez; un comandante para Archena y otro para la Secretaría del Gobierno militar de El Ferrol; algunos capitanes y subalternos en otros destinos, y se suprimen otros de ingenieros y varios capellanes.

También se aumentan comandantes para los fuertes de Coll de Lladres, Guadalupe, línea exterior de Ceuta y plaza de El Ferrol, y se hacen aumentos y disminuciones en las Comandancias y tábricas de artillería, Auditorías de Guerra y otras dependencias. Se organiza el personal de plana menor ó auxiliar de ingenieros; se pone en práctica la reorganización del clero castrense, y se conceden pequeñas partidas para gastos de escritorio de los Gobiernos militares y fuertes antes nombrados.

En los cuerpos permanentes se suprimen los capellanes, por efecto de la reorganización antes indicada; se aumentan 34 soldados en cada regimiento de infantería de las Baleares, y se organizan los Cuerpos de reserva de artillería y de caballería de dichas islas, con arreglo al decreto publicado hace poco.

Se rebajan seis hombres en cada regimiento de caballería, aumentando algo el personal de las remontas y depósitos de sementales; se crean Comisiones de Estadística de la Cría caballar, en las que figurarán cinco tenientes coroneles y 33 comandantes.

Se aumentan dos capitanes y dos primeros tenientes en los regimientos montados de artillería; un capitán y cinco primeros tenientes en el de sitio, y se introducen en esa Arma otras alteraciones, creando además la nueva batería en reserva en las Baleares.

En ingenieros hay algunos aumentos, sobre todo en el Batallón de Ferrocarriles, en el de Telégrafos y en la compañía de Aerostación.

En Sanidad y Administración y secciones de Ordenanzas, se introducen también ligeros aumentos y rebajas.

Se aumentan 5 céntimos de peseta diarios por cada plaza de tropa arranchada, para mejora de la alimentación.

Sufre también algún aumento el personal de las Comisiones topográficas de Estado Mayor, y se figura una partida de 18.000 pesetas para gratificaciones de las Comisiones en el extranjero, formadas por jefes y oficiales de Sanidad militar.

Se señalan cuotas para los haberes de la Comisión liquidadora de Cuerpos disueltos de la Península, y se hacen otros aumentos y disminuciones en la Caja general de Ultramar y demás Comisiones liquidadoras.

En las Academias y Colegios militares

—Yo—dijo el hombre con una tranquilidad perfecta—no he dado nada á nadie.

Puesto en presencia de las muchachas y del cochero que le había conducido todo el día, declaró que no las conocía.

M. Court, en estas condiciones, estimó que debía retener á este individuo hasta el otro día por lo menos.

A la mañana siguiente, el jefe de Seguridad de Marsella, que había estado ausente todo el domingo, encontró en su despacho la reseña comoda de las joyas de Maria Regault, recibida por el correo de la víspera.

Quedó soñoliento por la semejanza del reloj y de los pendientes dados á las muchachas de la calle de Ventomag, con las alhajas de la mujer asesinada. Al mismo tiempo se le ocurrió que habían encontrado al hombre desmayado en la prevención donde había pasado la noche.

Pranzini tenía la cara congestionada; había tratado de estrangularse con el forro de su paletó, que había desgarrado á propósito; y el doctor que se llamó para que le asistiera, le atestiguó señalando una raya roja alrededor del cuello.

—¿Dónde vive usted en París?—preguntó el comisario.

—En casa de mi querida Mme. S., calle de los Martires.

Tales eran los primeros informes estupendos que nos llegaban de Marsella algunas ho-

careado por segunda vez. Estas dos pobres crietas se enjugaron en el despacho del juez intimadas por los gendarmes y por el aparato de la justicia.

Una de las observaciones más interesantes que el estudio de la policía permite hacer es, ciertamente, la timidez extrema de las prostitutas, esas descoloradas de la calle, que de repente se vuelven dociles, cordatos, cuando se encuentran en presencia de una fuerza material ó moral. Tiemblan del mismo modo ante el amante que pega que ante el gendarme que puede prenderlas.

Serían realmente guapas aquellas muchachas que comparecían, si no hubiesen estado tan pintadas.

La primera que tomó la palabra, Amelia Fabre, una buena moza morena, tomó confianza muy pronto y habló con claridad.

—El domingo 20 de Marzo—dijo—había lav cuetro y media, un coche se paró ante la puerta. Nosotras bajamos todas cuando nos dijeron que había un señor en el salón. Era el señor—añadió señalando á Pranzini.

Este hizo con la cabeza un agua afirmativo.

—El señor—continuó—escogió á mi amiga y luego me hizo sentar para que sabiera también yo. Cuando estuvimos en el cuarto, mi amiga se ausentó á algunos minutos. El cochero el señor me dió el reloj.

—Es un objeto de valor—le dije muy extra-

ese espejo de las mujerzuelas, en el que se dejan prender como alondras, y que se encuentran en las bandas de ladrones y asesinos.

Este primer interrogatorio, al que asistí, fué para mí la prueba más clara de su culpabilidad. La única cosa que quedaba incierta era la psicología de este hombre, pues parecía inteligente y se obstinaba contra toda evidencia, en negar las cosas más sencillas.

El cochero B—un tipo de marselleses delicosos, que aún estoy viendo, con su sombrero inclinado sobre la oreja, en los corredores del Palacio de Justicia, tuvo este primer día que vérselas con Pranzini, que negaba energicamente la especie de abastimiento en que se había sumido durante dos horas, hasta el extremo de no poder siquiera indicar al cochero el camino que debía seguir.

Pranzini negaba con una dulce obstinación.

De repente Berme extendió solemnemente el brazo y con voz estentórea, y en el más puro acento marsellés, dijo:

—Yo juro que digo la verdad; lo juro, señor juez, por mi honor y por las cenizas de mi pobre hermana, que murió del cólera.

Todos soltamos la carcajada, y hasta el mismo Pranzini se asoció á nuestra hilaridad; su rostro perdió un instante esa expresión de ferocidad que me impresionó cuando le ví por vez primera; más en risa se apartó bien pronto al aparecer las muchachas de la casa de prostitución, con las cuales iba á ser

ras después de haberlos publicado todos los periódicos.

Se buscaba á Geissler y se encontraba á Pranzini.

Evidentemente era el mismo.

No, era imposible. El juzgado de Marsella había mandado apresurarmente una fijación del detenido, y por poco exactas que sean las filiaciones, no podía ser aquella la del viajero del hotel Cailloux.

Ante todo, era menester poner á buen recaudo á la querida de Pranzini.

M. Taylor y M. Guillot llegaron á la una de la madrugada al domicilio de Mme. S., y después de una corta indagatoria la prendieron.

Yo, entretanto, marchaba con Jaume en el rápido de Marsella, con el encargo de completar la información hecha allí y de traerme á Pranzini.

Desagradaba un poco á la Seguridad que este hombre hubiese ido á que le prendieran en Marsella, y había una viva curiosidad por saber si Geissler era un mito. A eso por lo menos hubiéramos tenido empeño en detenerle nosotros mismos.

Durante el viaje, departiendo con Jaume, yo emitía todas las hipótesis posibles del crimen. Era imposible que dos hombres hubiesen cometido el asesinato; uno solo había dado el golpe; el otro sencillamente no podía ser más que el descubridor de las alhajas robadas.

INCREIBLE VERDAD!!

Un anillo para caballero, oro de ley, con hermosísimo brillante.....	50 ptas.	Un par de pendientes para señorita, oro de ley, con espléndidos brillantes.....	25 ptas
Idem con brillante doble grueso.....	100 »	Un par de pendientes para señora, oro de ley, con hermosísimos brillantes.....	50 »
Un alfiler para caballero, oro de ley, con espléndido brillante.....	25 »	Idem con brillantes doble grueso.....	100 »
Anillos para señora y señoritas, oro de ley, con hermosísimos brillantes.....	25 »	Un par de pendientes de niñas (especialidad para verdaderos regalos) oro de ley y espléndidos brillantes.....	25 »

Oro garantizado de ley y brillantes químicamente perfectos, más hermosos y de más valor, por su eterna brillantez y esplendor, que los verdaderos.

Regate 5.000 pesetas a quien dialogue mis brillantes ALASKA de tesoro verdadero.

A todo comprador no conforme con el género se le devolvirá inmediatamente el dinero.

Envíe la medida de los anillos, mandando con un m. o. r. dedo del dedo.

U. i. c. a. y verdad: no oca. sión para gastar bien el dinero en regalos, siendo siempre su valor superior al coste.

No se hacen descuentos: no se concede representación: no se envían catálogos, dibujos, ni muestras.

Envío franco de todos los gastos en ca. s. i. t. i. v. a. l. e. r. a. d. o. y por correo para toda España é Islas.

No se sirve ningún pedido no acompañado en billetes del Banco de España en carta certificada ó valor declarado.

Única representación general: Sociedad oro y brillantes ALASKA.

G. A. BUYAS—Corso Romana, 18.—MILAN (ITALIA)



NICOLÁS MARTÍN

ESPADERO DE S. M. EL REY Y ÚNICO PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DEL CUERPO DE LA GUARDIA CIVIL

GRAN ESTABLECIMIENTO DE TODA CLASE DE EFECTOS MILITARES

PRIMERO EN ESPAÑA EN SU CLASE

Se sirven á provincias los pedidos que se hagan de sables, espadas, revólvers, corrajes, cordones, sombreros, espuelas, gorros, cruces y tantos efectos reglamentarios existen para el Cuerpo de la Guardia Civil, á precios de fábrica. Se hacen to. l. o. g. e. r. o. de composuras. La Administración del periódico facilita catálogos. Al hacer los pedidos, indíquese la estación más próxima del ferrocarril.

16, Preciados.—MADRID.—Preciados 16.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

SEGUROS VIDA Y ACCIDENTES

GARANTÍAS

PESETAS

Capital social.....	15.000.000
Reservas.....	12.267.638-08
Capitales asegurados desde la fundación de las Compañías hasta 31 de diciembre de 1900.....	252.68.011-90
Idem por accidentes.....	26.386.373
Pagado por siniestros, pólizas vencidas y otros conceptos hasta igual fecha.....	19.123.590-29

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para la formación de dotas, re. n. c. i. ó. n. de quin. i. a. s. y de más combinaciones análogas; rentas vitalicias, inmediatas ó diferidas y seguro de capitales pagaderos á la muerte del asegurado y compra de usufructos y otras propiedades de S. M. I. C. A. además al seguro contra accidentes, garantizando las responsabilidades de la ley sobre accidentes del trabajo.

Muy conveniente para los individuos de la Guardia Civil

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA.—PIDANSE CATÁLOGOS

Domicilio social: Ancha, 64.—BARCELONA

CRÓNICAS RETROSPECTIVAS

(RECUERDOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX)

por DON JUAN VALERO DE TOROS

Prólogo de JACINTO OCTAVIO PICON

Esta magnífica obra—de 470 páginas, es la historia vivida de la última media centuria. La pintoresca narración de Valero de Toros, testigo presencial de los sucesos que narra, constituye una lectura encantadora, que al poner al corriente al lector de los principales acontecimientos históricos le deleita en grado sumo.

Precio de la obra, CUATRO pesetas. A los suscriptores de *El Heraldo de la Guardia Civil*, TRES pesetas.

SASTRERIA MILITAR Y PAISANO

DE

CARO HERMANOS

PREMIADOS EN LA EXPOSICION DE PARIS

Cruz, 19 y Mayor, 9

MADRID

Equipos completos para oficiales de la Guardia Civil.

Uniformes para colegiales.

Impermeables de reglamento y de paisano desde 60 pesetas.

Prontitud en los encargos; corte y confección esmerada.

SE CONFECCIONAN TODOS LOS BORDADOS

PRÉSTAMOS DIRECTOS

á Oficiales Guardia Civil

y Carabineros.

Reserva absoluta.

J. D. GUITART

San Quintín, 8, principal dcha.

DEBERES Y FACULTADES

DEL

GUARDIA CIVIL

por don Manuel Morrell y Agra.

CORONEL DEL CUERPO

Se vende á 4 pesetas para el público en general.

A los individuos del Instituto, 2,75 pesetas.

Los pedidos pueden hacerse á esta Administración.

LIBROS DE VENTA

«Diccionario de la lengua Castellana», en tela, 11 pesetas.

«Don Quijote de la Mancha», edición de lujo, 7 pesetas.

Idem id., al cromó, 5 pesetas.

«Historia de España», edición de lujo, 7 pesetas.

Idem id., al cromó, 5 pesetas.

«El Secretario», colección de modelos de comunicaciones, por el comandante del Cuerpo, Sr. Alvarez Alarcón, 3 pesetas.

«Los atestados en la Guardia Civil», por el mismo autor, 3 pesetas.

«Varios conocimientos de utilidad», por el mismo autor, 1 peseta.

«La Enciclopedia del Guardia Civil», contestaciones á las preguntas de exámenes de guardias á cabos y de cabos á sargentos por el teniente del Cuerpo, Sr. Alvarez Madurga, 7 pesetas.

Consultor Legislativo

DEL GUARDIA CIVIL

por el Comandante

D. ISIDRO SEISDEDOS RODRIGUEZ

Conocida la utilidad que reportó á todas las clases del Cuerpo la primera parte titulada «Compendio de legislación», es de esperar iguales resultados en la que se publica ahora y que recomendamos á nuestros suscriptores.

Los que deseen la obra completa pueden ir á verlo á su autor, 2.º Jefe de la Comandancia de Burgos.

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

A BORDO DE UN BOTE

Aventuras maravillosas

Dos tomos de setecientas páginas cada uno, con hermosas láminas

Precio en librería, 10 pesetas.—Para los suscriptores á este periódico, 5 pesetas.

EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL

cluyó por contar que había sido un desconocido, á quien se encontró en la estación de Lyon antes de su partida de París, el que le había hecho este envío.

Y después nombró á un supuesto doctor, Henri Porter, cuyo nombre figuró varias veces en el curso de esta instrucción.

—¿Y qué habéis hecho de esos resortes de reloj?—le pregunté.

—Los he tirado en el patio de Longchamps—dijo Pranzini.—Y sobre todo, ¿qué vienen esas preguntas? Yo no le go nada que ver en este asunto.

Se hicieron registros en Longchamps y nada se encontró; así, pues, como vimos llevar á Pranzini para que nos indicara el mismo el camino que había recorrido; pero nos lavó, como era natural, por los sitios que no había estado. No obstante, este paseo tuvo una importancia decisiva.

Una multitud enorme, contenida por los gendarmes, se agolpó á por ver al hombre cuya prisión apasionaba en este momento á toda Francia.

De repente se oyó á una joven exclamar:

—¡Cielos! Es él, es él, lo reconozco.

Como podéis imaginar, estaba en aquella mujer, que era la encargada del kiosko de la estación del patio de Longchamps.

El señor dijo, viéndose sobre las tres media de la tarde del domingo, y como yo me dirigí á él, estuvo cerca de caer de sus casaca.

MEMORIAS DE GERÓN

68

se con la mano derecha, lo cual no es posible. Al siguiente día volví á verle y tenía la cara congestionada.

Cuando le pregunté qué había tenido, me dijo:

—Un golpe de sangre.

Le reconocí. Tenía los ojos y la nariz hinchados, y alrededor del cuello estrías sanguíneas como señales de est. angustia.

Y me ratifico sobre lo dicho: tengo la convicción profunda de que intentó suicidarse.

El me rogó que le hiciera Pranzini ante el juez de instrucción M. Reverdin, y ante el primer a. o. r. de la república, M. Dormant, fué sorprendente.

—Pranzini—le dije,—el paquete que recibí usted de París contenía las joyas de la señora Montille la desgraciada á quien usted ha asesinado.

Un temblor nervioso agitó las manos de aquel hombre, sus facciones se contrajeron, sus ojos se cerraron; pero él iba á confesar.

Pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo y respondió con voz tranquila:

—No, yo no soy el asesino de María Regaud; la quería y la respetaba. ¡Pobre víctima!

Después pareció enterrecarse.

—¡Matar á una mujer á quien amaba!

Soy incapaz de un acto tan abominable.

El procurador de la república, M. Dormant, le habló entonces del famoso Geissler, de

EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL

62

era incontestablemente un cómplice del crimen de la calle de Montsigne, y por el infante me dió el médico de Marsella, M. Balata, me decidí á creer que debía ser el asesino.

—El 20 de Marzo—dijo el doctor Balata—en ocasión de que me encontraba á media noche en la comisaría, M. Court, el comisario, llegó y me dijo:

—Me alegro mucho que esté usted aquí, precisamente iba á mandar á buscarle para que reconociera un hombre que acabamos de detener.

Se le hizo subir; era el acusado. Me llamó la atención su palidez y el color mate de su tez. Le examiné, y le dije:

—Enséñeme las manos.

Presentó primero la izquierda, que tenía una ligera cortadura. Le pregunté de qué provenía. Me respondió habiéndose la hecho con un cortaplumas, cortando pan. Aparecía un comienzo de cicatrización.

Miré la derecha. Cerca del dedo anular tenía una pequeña herida; no era una cortadura, era más bien una contusión.

Pregunté igualmente cómo se la había producido, y me dijo que se la había hecho al bajar del vagón. Comprobé que tenía el mismo aspecto que la otra. Entonces le mandé desnudar, y encontré un hombre bien constituido, robusto, sobre todo de brazos.

Examinándole más minuciosamente, noté en la parte anterior del muslo una pequeña erosión. Me dijo que se la había hecho resacando.

MEMORIAS DE GERÓN

69

—No conozco á esta mujer—respondió Pranzini, que se había puesto muy pálido.

—¿Cómo, señor! Niega usted que he ido en mi kiosko? No importa; bien le reconozco y le reconocía entre diez mil. Es usted el único que en mi vida me ha dado cincuenta céntimos de propina.

Es preciso haber oído el tono de esta exclamación, lanzada con el más puro acento provenzal, para comprender lo que contenía de sorpresa admirativa y de amor propio herido.

Una vez en su vida esta mujer había visto entrar en su kiosko un hombre que le había dado una pieza de cincuenta céntimos, una moneda blanca que marcaba aquella fecha con caracteres inolvidables; ¡y este hombre no la reconocía!

Quiso forzar á Pranzini á que hiciera memoria.

Le dió detalles técnicos que no quiero reproducir, pero que probaban bien que Pranzini había entrado en el kiosko sin otro afán que tirar los objetos evidentemente comprometidos.

Inmediatamente di orden para hacer vaciar el pozo negro, más advirtiéndome que no existía.

Todos los días se transportaban los ti. n. a. r. o. s. al este colero de la Mairie.

Un gendarme fué para ordenar á los p. o. c. e. r. o. s. que hicieran rebusas inmediatos.

Al mismo tiempo se buscó á la mujer.